

## Islamofobia y prensa: los desconciertos de un periodista cívico

*Jean-Paul Marthoz\**

---

A los periodistas no nos gustan mucho los estudios que señalan nuestros defectos. La profesión está a la defensiva, fragilizada por un cambio de modelo económico y de «consumo» mediático, agredida por un *media bashing* que ya no solo viene de sectores marginales sino de jefes de estado o de gobierno. Los periodistas de la prensa mainstream ejercen su profesión bajo una suspicacia permanente, acusados de todo y de su contrario: de ser «izquierdistas», «políticamente correctos», cómplices de las «élites cosmopolitas» o de las minorías «extranjeras»; o, al contrario, de ignorar la diversidad étnica, religiosa o de género de la sociedad y de defender una hegemonía «occidental», judeocristiana y blanca.

He tenido el privilegio de ejercer el periodismo en medios «liberales» (en el sentido norteamericano de la palabra, que combinan la defensa de las libertades con la justicia social), «cívicamente orientados»<sup>1</sup> y oficialmente comprometidos con la ética profesional y con la defensa de valores democráticos «humanistas» o «progresistas». Escribo este artículo desde esta perspectiva, convencido de que no existe tal cosa como «la» prensa o «los» medios. Como dijo años atrás Edwy Plenel, exredactor jefe de *Le Monde* y fundador de *Mediapart*, a un periodista de un diario populista belga, «estamos quizás en la misma profesión, pero no hacemos el mismo trabajo».

La Carta Ética Mundial para Periodistas, aprobada en junio del 2019 en Túnez por la Federación Internacional de Periodistas, es contundente: «El o la periodista velará por que la difusión de información o de opiniones no contribuya al odio o a los prejuicios y hará todo lo posible por no facilitar la propagación de la discriminación por motivos de raza, sexo, orientación sexual, idioma, discapacidad, religión, opiniones políticas y de otra índole y origen nacional, social o étnico». Sin embargo, para ciertos colegas, la ética es una traba y el *islam bashing* es un avatar de políticas de larga tradición en las redacciones; antisemitas, antiafricanas, antimigrantes, etc., que siempre se han basado en la denuncia del «otro», del «último llegado», y en la condena de sus «diferencias» raciales, culturales o religiosas, por supuesto «inasimilables» con las de la «población autóctona». «Las generalizaciones maliciosas sobre el islam se han vuelto la última forma aceptable de denigración de una cultura extranjera en Occidente»<sup>2</sup>, escribía el ensayista palestino-americano Edward Said. No se puede esperar mucho de estos medios ultraconservadores o nacional-populistas, ni con la creación de consejos de prensa ni con talleres de formación. Responden únicamente

<sup>1</sup> Me refiero a la diferencia que hace Sallie Hughes entre «civic-oriented versus commercially driven media», *Newsrooms in Conflict*, University of Pittsburgh Press, 2006.

<sup>2</sup> Edward Said, *Covering Islam*, Vintage Books, Nueva York, 1997, p. 21

al peso de la ley o a la sanción del mercado. Y este mercado les ha sido muy favorable en los últimos años.

El ejercicio del periodismo cívico no se practica en un vacío. Está insertado en «una atmósfera moral» como decía Stefan Zweig, que define la «batalla de ideas» por la «hegemonía cultural» que teorizó Antonio Gramsci. Estos medios que han escogido al islam como su saco de boxeo se apoyan en una camarilla de «filósofos» y tertulianos que alimentan un ciclo permanente de controversias. Y de forma global. Esta red internacional del «contrayihadismo» expresa una estrategia deliberada, una visión del mundo que alienta un «choque de civilizaciones» entre *the West and the rest*. Forman un abanico amplio que va desde académicos neoconservadores miembros del *establishment*, nuevos filósofos «neorreaccionarios», tertulianos vociferantes y hasta, en sus formas más extremas, los autores de los atentados terroristas de Oslo/Utoya en Noruega (2011) y de Christchurch en Nueva Zelanda (2019), obsesionados por el espectro de Eurabia o la teoría del «gran reemplazo»<sup>3</sup>.

Estas organizaciones y las redes sociales que amplifican sus voces, así como los partidos y movimientos nacional-populistas abiertamente antimusulmanes, impactan fuertemente en el periodismo. Alejan a una parte de la audiencia de la esfera pública democrática para aislarla en búnkeres mediáticos intolerantes y desarrollan ofensivas permanentes dirigidas a desacreditar e intimidar a la prensa «liberal», la prensa «mentirosa», acusada de complicidad o ingenuidad hacia el «islamofascismo». Aunque estén anclados en la extrema derecha, muchas veces sus líderes acaparan los valores del liberalismo y hacen ondear las banderas de la libertad de expresión y de la laicidad para martillar sus mensajes de discriminación y exclusión.

## Una prensa secularizada

Pertenecer a un «medio de calidad», progresista y «bien intencionado» no significa estar a salvo de las acusaciones de presentar «una visión sesgada u hostil del islam». Frente a esta crítica quizás ciertos periodistas se encogerán de hombros, alegando que la mayoría de los grupos religiosos se quejan de la cobertura negativa que reciben. Así, en 2002, el arzobispo de Tegucigalpa, Oscar Andrés Maradiaga, se lanzó en una diatriba<sup>4</sup> contra la CNN, *The New York Times*, *The Washington Post* y *The Boston*

<sup>3</sup> Zack Beauchamp, «Trump's counter-jihad», *Vox*, 13 de febrero 2017.

<sup>4</sup> Rory Carroll, « Media revel in abuse scandal, says cardinal », *The Guardian*, 10 junio 2002, <https://www.theguardian.com/news/2002/jun/10/media>

*Globe*, denunciando «métodos estalinistas» en su cobertura de los escándalos de pedofilia en la Iglesia católica estadounidense. El mismo año, la Iglesia mormona se quejó de la cobertura «llena de estupideces flagrantes y de arrogancia»<sup>5</sup> que recibía en los grandes medios. ¿Y qué decir de los evangélicos blancos y los judíos ultraortodoxos pro-Trump? Consideran que la gran prensa «liberal» desprecia su fe y su cultura.

¿Serán los periodistas antirreligiosos? La mayoría de los periodistas de la prensa de referencia tienden a ser menos religiosos que la población en su conjunto, incluso en un «país de fe» como los EE.UU., como recordaba recientemente la *Columbia Journalism Review*<sup>6</sup>. Según un estudio del Reuters Institute for the Study of Journalism (Universidad de Oxford) publicado en 2016, el 61% de los periodistas británicos se declaran «no afiliados a ninguna religión».<sup>7</sup>

Esta característica de la profesión choca, no solo con un mundo global donde las religiones son actores mayoritarios –según el instituto Pew Research Center<sup>8</sup>, el 84% de las personas en el mundo profesan una religión–, sino también con sus propias sociedades donde el proceso de secularización ocurre simultáneamente a un resurgimiento religioso e incluso de las tendencias más conservadoras, si no extremistas, dentro de las religiones, hasta suscitar preocupaciones sobre «el desarrollo de sociedades paralelas»<sup>9</sup>.

«¿Serán capaces los medios de restituir la dimensión religiosa?», se interrogaba la Fundación Rey Balduino (Bélgica) al abrir un taller sobre medios e islam en 2003. «¿Su desconocimiento y su indiferencia religiosa les harán incapaces de entender al islam?». No necesariamente. Pero el «analfabetismo religioso»<sup>10</sup>, como lo define Diane Moore del Center for the Study of World Religions en Harvard, la desconfianza entre el periodismo «liberal» y las religiones, así como los recelos de muchos musulmanes hacia la prensa liberal, forman parte de la ecuación. «La religión se siente incómoda frente a los argumentos liberales y seculares de la libertad de expresión»<sup>11</sup>, señala

<sup>5</sup> Associated Press, «Mormon Church Responds to Media», 14 febrero de 2002, <https://www.latimes.com/archives/la-xpm-2002-feb-14-sp-olynews14-story.html>

<sup>6</sup> Kyle Pope, «Keeping the Faith», *Columbia Journalism Review*, 6 febrero 2020, [https://www.cjr.org/special\\_report/religion-journalism-roundtable.php](https://www.cjr.org/special_report/religion-journalism-roundtable.php)

<sup>7</sup> Dr. Alessio Cornea, «Journalists in the UK», Reuters Institute for the Study of Journalism, Oxford, 2016.

<sup>8</sup> Michael Lipka/David McClendon, *Why people with no religion are projected to decline as a share of the world's population*, Pew Research Center, 7 de abril 2017.

<sup>9</sup> Muslims in the European Mediascape, British Council and Institute for Strategic Dialogue, 2012.

<sup>10</sup> Liz Mineo, «When journalism meets religion», *The Harvard Gazette*, 7 diciembre 2016.

<sup>11</sup> Timothy Garton Ash, *Free Speech. Ten Principles for a Connected World*, Atlantic Books, Londres, 2016, p. 255.

Timothy Garton Ash, director del proyecto Free Speech Debate de la Universidad de Oxford.

La libertad de expresión y de prensa se ha logrado históricamente contra las instituciones y dogmas religiosos y está asociada a la separación entre la religión y el Estado. El hecho de que en la mayoría de los países donde el islam es religión de Estado el autoritarismo impera y la libertad de prensa está reprimida influye en la percepción del islam que prevalece en la prensa «liberal». Inevitablemente los periodistas se sienten más cercanos a los disidentes y a los reformistas dentro de las religiones que a los líderes religiosos «mayoritarios», a quienes consideran muchas veces como opuestos a los valores de libertad de expresión o de igualdad de género. Si reconocen su realidad, expresan también un malestar frente a la palabra *islamofobia* porque temen que se utilice para impedir una crítica legítima del islam. Sin embargo, estas reticencias no se limitan al islam: la prensa liberal es muy crítica también con otras corrientes ultraconservadoras que recurren a los preceptos de su religión para tratar de cercenar libertades y, como señalaba el Center for American Progress<sup>12</sup>, «para hacer de la libertad religiosa un derecho humano superior a los otros».

### Un periodismo de conocimiento

El liberalismo laico de la prensa de referencia no la exime de su obligación de cubrir imparcialmente el tema de las religiones. La ética periodística implica respetar las normas profesionales comunes (en los titulares, las fotos, etc.) y revisar constantemente reflejos y rutinas: en la jerarquía de la información, la rapidez de su difusión, la obsesión por las controversias o la dependencia excesiva de las fuentes oficiales. Esto conduce también a interrogarse sobre la equidad (*fairness*): ¿por qué será que en los medios el volumen de la cobertura de un ataque terrorista es mucho mayor cuando lo reivindica un grupo como Daesh que cuando lo hace un grupo de extrema derecha?<sup>13</sup>

Sin embargo, esta responsabilidad va mucho más allá de la ética. Implica una reflexión más profunda sobre la misión del periodismo en una sociedad democrática donde se supone que los ciudadanos esperan una información libre, fiable y plural para ejercer

<sup>12</sup> Maggie Siddiqi/Guthrie Graves-Fitzsimmons, « The Plan for Reopening Houses of Worship After the Coronavirus Crisis », CAP, 6 de mayo 2020.

<sup>13</sup> Caroline Mala Corbin « Terrorists Are Always Muslim but Never White: At the Intersection of Critical Race Theory and Propaganda », *Fordham Law Review*, Vol. 86, 2017.

su «consentimiento informado». Es un compromiso con la «búsqueda de la verdad» que tiene como corolario un «periodismo de conocimiento»<sup>14</sup>. Incluye, pero no se resume en el uso pertinente de las palabras y de los conceptos. Significa reconocer la presencia y la influencia de la religión en la sociedad, sin a priori preguntarse sobre su «amenaza» o su «beneficencia». Y sin buscar únicamente a los que, dentro o en la periferia del islam, «hablan y visten como nosotros», con el riesgo de «que esta atención a la minoría secular eclipse las opiniones de la mayoría»<sup>15</sup>, advertía la islamóloga Geneive Abdo.

Los periodistas, según la ilustre Comisión Hutchins (1947), inspiradora del periodismo de interés público, tienen la responsabilidad de dar «una visión representativa de todos los componentes de la sociedad»<sup>16</sup>. Lo que significa ampliar la cobertura más allá de los eventos controvertidos (terrorismo, velo, comida halal, delincuencia, etc.) o convencionales (la visión folclórica del Ramadán, las entrevistas a raperos o deportistas musulmanes, etc.), salir del *conflict frame*<sup>17</sup> (marco del conflicto), como refiere Eric Loo, y revelar, más allá del «factor religioso» invocado por facilidad o con malicia, los factores múltiples que afectan una noticia. De este modo, podrán reflejar la vida «normal», plural, que viven los musulmanes dentro y fuera de sus comunidades religiosas, culturales, sociales y políticas, como creyentes y como ciudadanos. «Se paga un precio alto por cubrir el mundo árabe principalmente en términos de sus desviaciones públicas y políticas, más bien que de su humana cotidianidad»<sup>18</sup>, observaba el periodista libanés Rami G. Khoury. Esta exhaustividad y esta contextualización son cruciales. «Para grandes mayorías de musulmanes europeos, el islam no es ni una identidad exclusiva ni una orden de marcha, advierte el politólogo Justin Vaïsse<sup>19</sup>. Muchos combinan felizmente sus identidades nacionales y religiosas». Reconocer en ellos la complejidad que asumimos para otros y para nosotros es responsabilidad del periodismo.

El periodismo de comunidad (*community journalism*) desarrollado desde hace décadas en EE.UU. y la atención otorgada a la diversidad en las redacciones y a los «contenidos» de los medios, ofrecen perspectivas muy interesantes para salir de coberturas estereotipadas. Supone otra manera de practicar el periodismo, menos

<sup>14</sup> James Patterson, *Informing the News. The Need for Knowledge-based Journalism*, Vintage Books, Nueva York, 2013.

<sup>15</sup> Geneive Abdo, «When The News Media Focus on Islam's Internal Struggles», *Nieman Reports*, verano 2007.

<sup>16</sup> Commission on Freedom of the Press, *A Free and Responsible Press*, University of Chicago Press, 1947.

<sup>17</sup> Eric Loo, «Reporting Religion beyond the Conflict Frame», *Middle East Media Educator*, 2011.

<sup>18</sup> Rami G. Khoury, «The Arab Story: The Big One Waiting to Be told», *Nieman Reports*, verano 2007.

<sup>19</sup> Justin Vaïsse, «Eurabian Follies», *Foreign Policy*, 4 de enero 2010.

obsesionada por la ruptura de la normalidad, que se sumerge tranquilamente en una comunidad (de hecho «en una constelación de comunidades complejas, diversas y extremadamente difíciles de penetrar para no-musulmanes», explicaba Andrea Elliott, Premio Pulitzer 2007 por su serie *Un imam en América*) para conocer a su gente, recogiendo impresiones personales y creando fuentes informales. Esta inmersión contribuye a superar esta forma de negligencia, de desconfianza o de distancia que transforma a «la comunidad musulmana» en un mundo extraño y extranjero, en una tierra incógnita, y que insinúa una pregunta inaceptable en una sociedad democrática: «¿Son otros o son nosotros?». Esta misma regla de seguimiento e inmersión tiene un corolario obvio: alcanzar a las comunidades que resienten la presencia musulmana y que se expresan con el voto populista o racista. La escasa atención de la prensa «liberal» a los sectores «blancos» a quienes Hillary Clinton calificó de «deplorables» durante la campaña electoral del 2016 fue un error político y una falta periodística.

El periodismo exige estar a la escucha de las autoridades religiosas y de los creyentes, de otorgarles la palabra de manera equitativa y leal sin descartar las opiniones «que molestan» al consenso liberal. Pero no significa tratar al islam o a los musulmanes «en sus condiciones», es decir, para retomar la formulación de la Fundación Rey Balduino, dando «una visión de un islam idealizado». «El deseo de preservar la paz nunca debería llevarnos a pasar por alto el lado oscuro de la religión»<sup>20</sup>, señala Rachael Kohn, especialista religiosa de la cadena australiana de servicio público ABC.

Los «actos de periodismo» tienen consecuencias y los periodistas, sin esconder la realidad, deben siempre interrogarse sobre el riesgo de herir indebidamente a los miembros de una comunidad. Es el principio del *do no harm* de los anglosajones. «Los periodistas convienen que tienen una responsabilidad de informar de una manera que no provoque tensiones», señala el informe *Muslims in the European Mediascape*. Cierta manera de hablar sobre el islam alimenta la discriminación, la violencia y los crímenes de odio contra los musulmanes, pero esto no supone abdicar de una libertad de expresión que proteja, según la famosa sentencia de la Corte Europea de los Derechos Humanos, «las informaciones o ideas que también contrastan, chocan o inquietan a un Estado o a un sector de la población». La respuesta a la «cobertura negativa» no es «una cobertura positiva», sino informar sin «voluntad de complacer o desagradar», como decía el prócer de la prensa francesa, Albert Londres. Es una garantía de la integridad del periodismo, pero también una

<sup>20</sup> Rachael Kohn, « Backstory; why faith still matters », ABC, 30 de noviembre 2018.

marca de respeto hacia la comunidad musulmana y la ilustración de su inclusión en la sociedad.

Estas disyuntivas apuntan a otro pilar de la ética, el «sentimiento de humanidad», a la tradición de defensa de los derechos humanos que ha acompañado la gran historia del periodismo «humanista». El periodismo de investigación, en particular, tiene en este terreno un rol decisivo: denunciar todos los abusos y atentados a las libertades, vengan de donde vengan. Vincula el ejercicio del periodismo a la universalidad de los valores. Para la prensa cívica, la denuncia de la islamofobia no puede separarse de un compromiso contra todas las formas de discriminación y de odio (antisemitismo, anti-LGBT, etc.). «Es importante explicar a los jóvenes musulmanes y a los cristianos o judíos practicantes de su religión que no solo tienen responsabilidades como musulmanes, cristianos o judíos, sino como ciudadanos. Viven en una sociedad que no se posiciona únicamente a favor o en contra del islam, sino que se posiciona en muchos otros valores generales y, además, creo que existen espacios de entendimiento posibles, tanto entre las distintas religiones como entre laicos y creyentes, respecto a los objetivos de transformación democrática»<sup>21</sup>, decía Alain Gresh, el exdirector de *Le Monde diplomatique* y fundador del sitio *OrientXXI*.

En este contexto, el periodismo social, por sus reportajes e investigaciones sobre temas transversales como la enseñanza, la urgencia climática o la salud, puede contribuir, por su apego al principio universal de justicia, a erosionar muros y a tender puentes, creando un sentimiento de participación común en la sociedad.

En el informe *Muslims in the European Mediascape*, los autores insistían sobre el rol importante de los medios y en su capacidad de ser «una fuerza para el bien». «Se encuentran en el corazón de los debates sobre identidad y comprensión cultural». A condición de aceptar el «pensamiento de la complejidad» a la manera de Edgar Morin y de practicar una virtud que no nos viene naturalmente a los periodistas: la modestia. «Yo acostumbraba a pensar que la esencia del gran periodismo era mostrar a la gente que los temas que habían siempre considerado como demasiado complicados podían ser explicados en términos sencillos», confesaba en 2005 el famoso reportero de la BBC John Simpson. «Ahora pienso que el buen periodismo consiste en convencer a la gente de que los grandes desafíos de la actualidad son habitualmente complicados, que exigen una verdadera reflexión y que las respuestas perentorias muchas veces no son sino el resultado de la impaciencia y de la ignorancia».

<sup>21</sup> Citado en Mohammed Colin, « Le traitement de l'Islam par les médias », saphirnet.info, 30 octobre 2000.